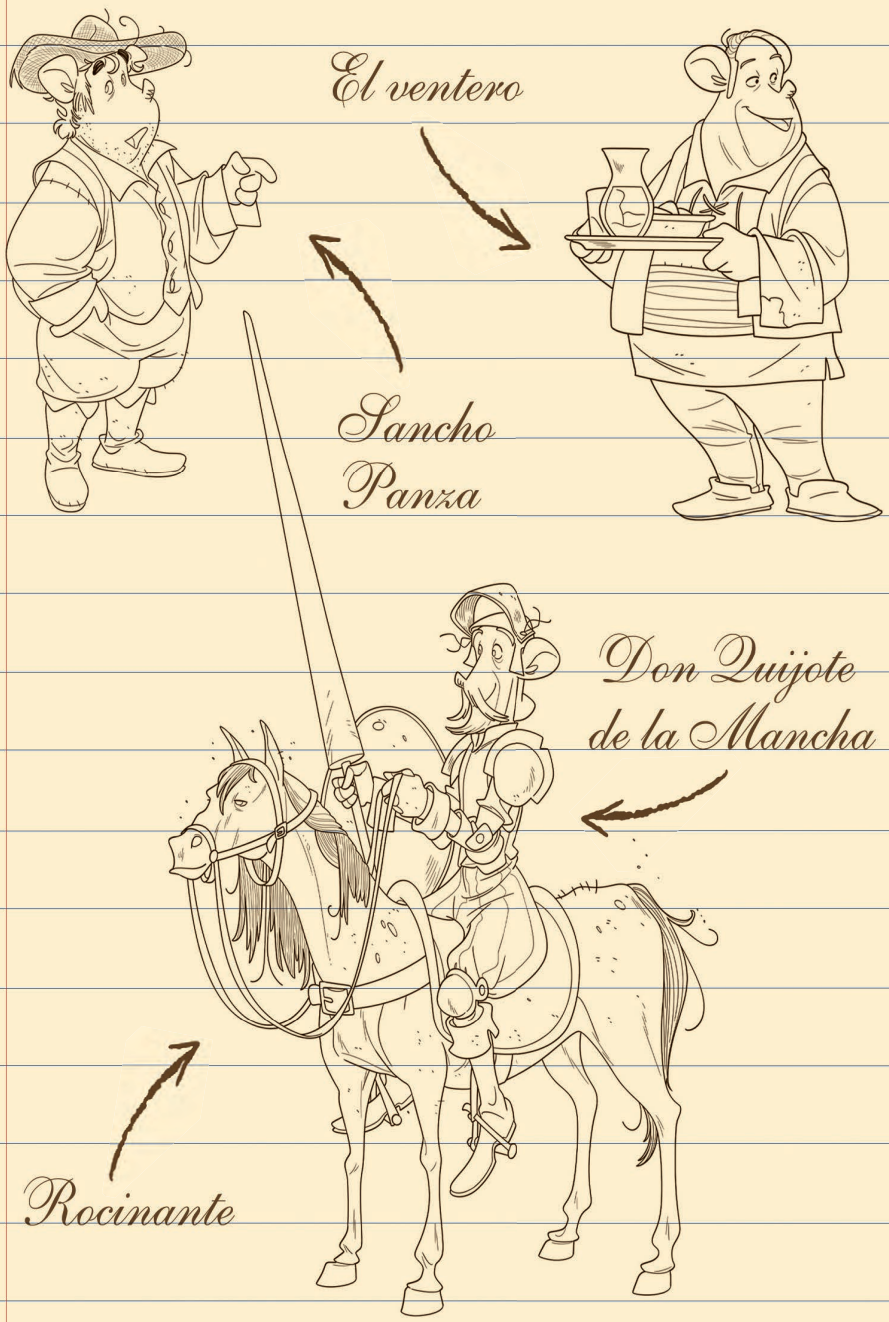
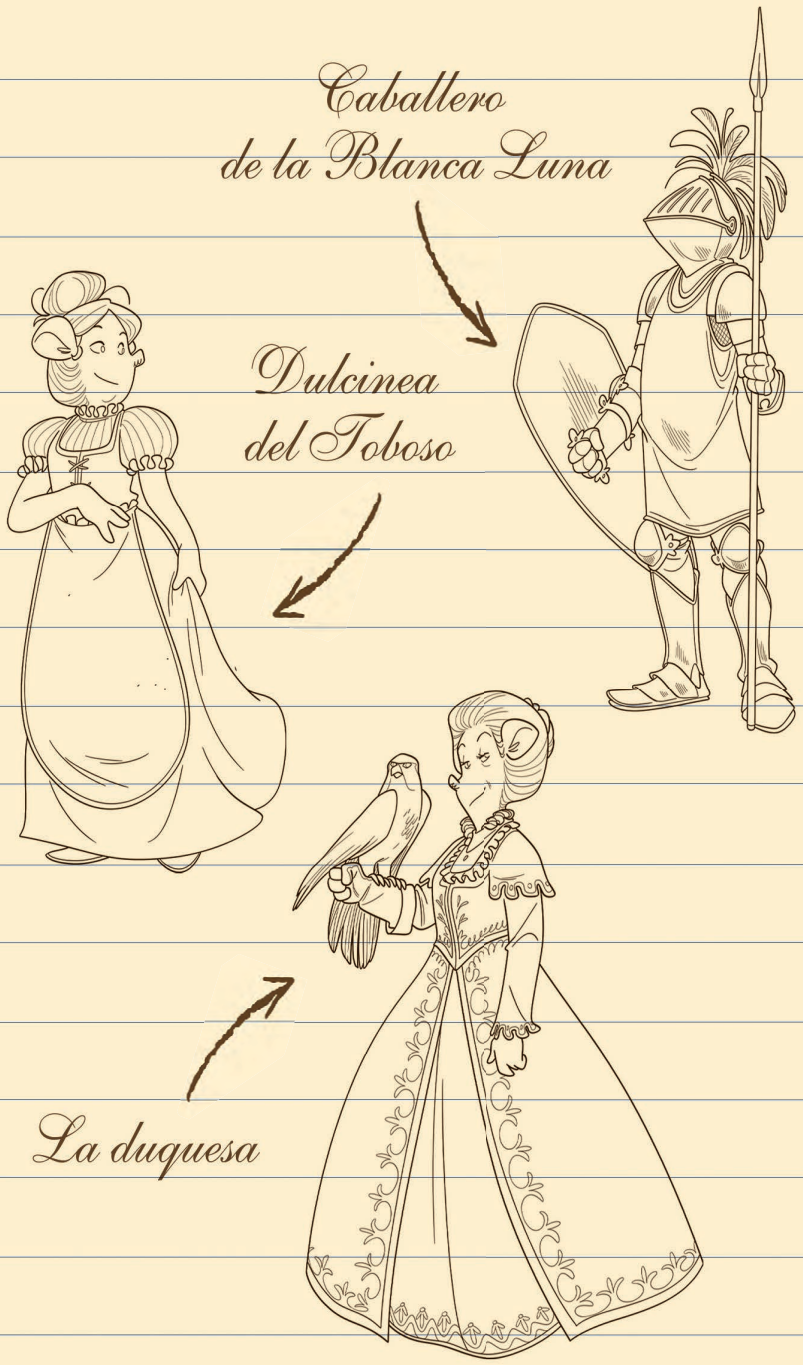

Geronimo Stilton
DON QUIJOTE DE LA MANCHA
DESTINO
DE MIGUEL DE CERVANTES


El ventero
Sancho Panza
Don Quijote de la Mancha
Rocinante


Caballero
de la Blanca Luna
Dulcinea
del Toboso
La duquesa



Geronimo Stilton

Don Quijote de la Mancha



Queridos amigos y amigas roedores,

Debéis saber que mi pasión por la lectura empezó hace mucho tiempo, cuando era pequeño. Me pasaba horas y horas leyendo novelas preciosas que me hacían vivir fantásticas aventuras y conocer lugares lejanos y misteriosos. ¡Qué gran verdad es esa de que leer da alas a la imaginación!



Así que he pensado contaros las obras maestras de la literatura infantil para que sintáis las mismas emociones que experimenté yo hace años.

Por los soleados caminos de la Mancha, don Quijote recrea las aventuras de sus libros preferidos, mezclando fantasía y realidad: como gran lector que es, imagina que las aspas de los molinos de viento son brazos de espantosos gigantes y que los rebaños de ovejas son ejércitos rivales. ¿La vía para convertirse en caballero se presenta larga y fatigosa? No hay que temer, a su lado está Sancho, su fiel escudero, que al igual que él mantendrá bien alto el nombre de la bella Dulcinea...

Geronimo Stilton





Geronimo Stilton

Don Quijote de la Mancha



DESTINO

El gran sueño de Alonso Quijano



Hace mucho tiempo, en un pequeño pueblo de la Mancha, vivía un *hidalgo* extravagante que se llamaba Alonso Quijano. Tenía unos cincuenta años, era alto y seco, con el pelo blanco, largos BIGOTES y barbita en punta.

En su tiempo libre (que, en honor a la verdad, era la mayor parte del día) el buen Alonso se tiraba horas y horas leyendo novelas de caballerías.

Tanta era su afición a la lectura, que ya solo le interesaba procurarse libros cada vez más apasionantes.





Incluso había llegado a vender algunas tierras para comprarse **nuevos** libros que añadir a su biblioteca.

Batallas épicas, viajes fabulosos, audaces empresas en los confines del mundo... ¡Las gestas de los caballeros lo **fascinaban** más que cualquier otra cosa!

Día y noche, su sobrina Antonia y la fiel ama lo oían leer en voz alta las historias de gigantes y paladines, las proezas del rey Arturo y los **caballeros** de la Mesa Redonda, las aventuras de Astolfo en la Luna...

Y cuanto más leía Alonso, más verdaderas le parecían aquellas historias.

Despreciaba a los malos y **admiraba** a los héroes, hasta el punto de que empezó a soñar con hacerse caballero él también. Ya se imaginaba con la armadura y el escudo, **GALOPANDO** sobre un majestuoso corcel.



¡Ah, qué *EMOCIONANTE* sería llevar a cabo grandes acciones heroicas por el mundo, defender a los más débiles y combatir las injusticias!

La idea lo fascinaba tanto que, al final, Alonso tomó una decisión *solemne*: ¡había llegado el momento de hacer realidad su sueño!

Una mañana temprano subió al desván y se puso a REBUSCAR en todos los rincones hasta que encontró una vieja armadura que había pertenecido a sus antepasados. Estaba cubierta de moho, pero él no se desanimó y empezó a **frotarla** para limpiarla. En menos de lo que se tarda en decirlo, la coraza relucía como si fuera nueva.



Después, Alonso revolvió en un gran baúl y halló un escudo y una larga lanza.

Esta última tenía una costra de óxido, pero él la **PULIÓ** con tanto empeño que volvió a brillar.

Le faltaba la celada, pero tampoco esa vez Alonso se dio por vencido.

Rescató un casco y le *AÑADIÓ* una visera de cartón que enganchó con alambre.

Durante todas aquellas laboriosas operaciones, su sobrina y el ama lo **espiaban** con enorme estupor: ¡hacía años que Alonso no mostraba **INTERÉS** por nada que no fuese la lectura!

La armadura estaba lista; no obstante, en los libros se decía que un caballero andante, para serlo, necesita también un caballo y, sobre todo, una dama a la que amar.

De hecho, ¡sin **amor** un caballero es como un árbol sin raíces!

«¿A quién le **dedicaré** mis gestas? —se pre-

guntaba Alonso—. ¿A quién le llevaré en obsequio los dragones y gigantes derrotados en combate?»

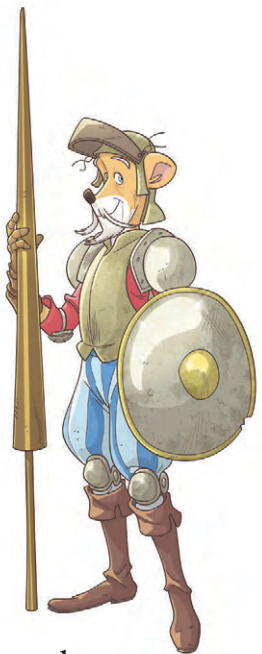
—Pero, antes de nada, tenemos que pensar en el **CABALLO** —dijo al fin.

Y corrió al establo, donde lo esperaba el rocín más achacoso de toda España.

Era un animal muy flaco, grisáceo, con la cola **despeluchada** y los ojos perezosos, y tenía el hocico metido en un cubo de forraje. A decir verdad, ¡era un auténtico jamelgo!

Fuera como fuese, para Alonso, que se había **metido** completamente en su papel, aquel era un valiente ejemplar listo para afrontar mil peripecias.

—¡Eres perfecto, **amigo**! —afirmó acariciándole el lomo—. Y puesto que todos los caballos dignos de un caballero tienen nombre, yo te llamaré... *¡Rocinante!*



Luego **SALTÓ** a su espalda y lo espoleó.

—¡Prepárate, atrevido *Rocinante*! ¡Juntos desafiaremos a ejércitos enemigos, ogros gigantescos y **PÉRFIDOS** magos! ¡Derrotaremos a los malvados y protegeremos los corazones bondadosos! Palabra de..., de...

Y entonces se **ATASCÓ**, pues le había puesto nombre a su caballo, pero no se había dado a sí mismo uno de caballero. «Alonso» sonaba demasiado insignificante, le hacía falta un nombre **pomposo** y altisonante, propio de un personaje de novela. Con expresión absorta, desmontó del caballo y se puso a pensar.

Reflexionó largo tiempo..., muy largo..., tan largo que pasaron hasta ocho días.



Al final anunció **triunfante**:

—¡Ya lo tengo! ¡De ahora en adelante me llamaré don Quijote de la Mancha!

Y así fue como una tarde de julio don Quijote **SE PUSO** la armadura, ensilló a *Rocinante* y emprendió su primera misión como caballero: encontrar a una gran *dama* a la que ofrecer sus servicios.



Una princesa para un caballero

Altivo y decidido, don Quijote se marchó galopando por el POLVORIENTO camino en busca de aventuras y gloria.

Porque, pensándolo bien, convertirse en caballero ANDANTE no había sido tan difícil después de todo. ¡A lo mejor algún día podría convertirse en príncipe, rey o incluso EMPERADOR! Razón de más para encontrar a una dama a la altura del título de princesa.

Don Quijote seguía cabalgando, espoleando de vez en cuando a *Rocinante*, cuando de REPENTE tuvo una revelación y se detuvo bruscamente.





Se había acordado de una joven campesina que vivía en el Toboso, un pueblo cercano. Durante algún tiempo había estado enamorado de la muchacha, aunque ella nunca lo había sabido ni se había dado cuenta.

Se llamaba Aldonza Lorenzo, y don Quijote decidió que era la *PRINCESA* que le convenía.

—¿La recuerdas, *Rocinante*? —le preguntó a su caballo, el cual no respondió, evidentemente. El caballero insistió—: ¡Claro que sí, Aldonza, la criatura más encantadora que ha habido nunca sobre la faz de la Tierra! ¡Es toda una señora, tanto en su porte como en su conversación, y se viste siempre con trajes de seda finísima!

Mientras hablaba, don Quijote blandía la lanza arrebatadamente. Cuanto más describía a la humilde labradora, más se transmutaba ella en una espléndida princesa a sus ojos.

—La lástima es ese nombre, Aldonza... —comentó luego con pesar—. No es muy *refinado*, ¿verdad? Hay que encontrarle sin falta un nombre más adecuado.

Piensa que te piensa, al final don Quijote encontró la **inspiración**: su amada se llamaría Dulcinea del Toboso. ¡Aquel sí que era un nombre adecuado para una gran dama!

—¡Ah, dulcísima Dulcinea, adorada mía! —proclamó a voces—. ¡A vos os dedicaré todas mis gestas!

Y así, sin dejar de desgranar versos que recordaban mucho los que había leído y apreciado en los poemas caballerescos, don Quijote reanudó su **viaje**.

Estaba atravesando un campo de cultivo cuando se dio cuenta con HORROR de que, en realidad, él no podía ser un caballero, ¡puesto que todavía no había sido armado tal!

